

Avisado Hernan Cortés del feliz hallazgo, envió gente para que llevase á la villa los codiciados víveres, y pronto se vió la poblacion abastecida de lo mas preciso á la vida. Los macilentos colonos españoles que desde su establecimiento en aquel punto solo se habían alimentado de zapotes y de yuca, se saciaron de pan de maíz, llamado tortillas, y de alubias, hasta el grado de morirse varios, por el mucho tiempo que hacia que no tomaban alimento ninguno sustancioso (1).

Pero las provisiones se acabaron pronto, y las siguientes incursiones en busca de bastimentos, fueron sin resultado favorable, pues los indios habian alejado sus cosechas á distancias considerables á donde no era dable pasar por los muchos pantanos y rios que se oponian al paso. El hambre volvió á dejarse sentir, y no existian elementos para poderse mover de aquel sitio malsano y aislado. La situacion de los españoles llegó á ser de las mas penosas, y al parecer sin remedio. El caudillo castellano buscaba en su imaginacion la manera de salvar á su gente de la extrema miseria en que se encontraba, y no acertaba el medio de conseguirlo. «No se puede decir lo que sentí», dice el conquistador, «al verme tan sin remedio, que casi estaba sin esperanza dél, y con pensamiento que ninguno podia escapar de cuantos allí estábamos, sino morir de hambre.» Sin embargo, en medio de las dificultades que

(1) «Y como estaban tan hambrientos, y no eran acostumbrados sino á comer zapotes asados y cazabe, y como se hartaron de tortillas con el maíz que les enviamos, se les hincharon las barrigas, é como estaban dolientes, se murieron siete dellos.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

le rodeaban, su espíritu no desmayaba. Dotado de una perseverancia que nada podia abatirle, activaba la compostura de una carabela que los colonos españoles tenían perdida, y construia un bergantin con los restos de otros barcos que se hallaban completamente desbaratados. Era el genio poniendo siempre en obra lo que nadie hubiera intentado por imposible, y que su constancia y fé realizaban.

Sufria, porque los padecimientos de su gente le afectaban; pero nunca sintió abatirse su espíritu ni desfallecer su esfuerzo.

El hambre, entretanto, habia llegado al último extremo. En vano enviaba expediciones, sin mas objeto que el de buscar víveres. Los soldados, despues de varios dias de recorrer por terrenos intransitables y cubiertos de rios, volvian sin haber conseguido encontrar un solo grano de maíz. En esos angustiosos momentos, llegó providencialmente un buque de la isla de Cuba con trece caballos, sesenta cerdos, doce barriles de carne salada, treinta cargas de pan de cazabe y otros varios comestibles. Hernan Cortés se dió á conocer al dueño del cargamento, y compró, al fiado, todo lo que llevaba, así como tambien el buque.

La llegada de aquel barco, en los momentos mas angustiosos, la juzgó el caudillo español como un favor especial de la Providencia, «que siempre en sus mayores aflicciones, dice, le habia socorrido, á pesar de su ningun mérito, por verle empeñado en el servicio de su rey» (1).

(1) «Dios Nuestro Señor, que de remediar semejantes necesidades siempre

Mientras se terminaba la compostura de la carabela y se construía el bergantín con los restos de los buques perdidos, Hernán Cortés, infatigable en sus empresas, emprendió una excursión por el país para reconocerlo. Después de haber caminado diez y ocho leguas por ásperas sierras, fué á salir á una población llamada Leguela, bien provista de bastimentos. Allí indagó, por varios indios que logró coger, cuál era el terreno mejor para dirigirse á Naco, donde fué decapitado Cristóbal de Olid, y mandó que se abriese un camino. Envió por él á Gonzalo de Sandoval, con lo más granado de la tropa, á la expresada población, para reducir á la obediencia algunas aldeas de indígenas que se habían sublevado, y él volvió á la colonia de donde había salido para activar la compostura de los barcos. Al separarse de Sandoval, le ordenó que desde Naco le enviase á la isla de San Andrés, conocida también con el nombre de Puerto de Caballos, á donde pensaba dirigirse, veinte jinetes con igual número de infantes, debiendo esperar en el expresado punto, bien ellos, si llegaban primero, bien él si llegaba antes. Arreglados los buques y no queriendo dejar en aquel sitio mortífero persona ninguna, se embarcó en tres barcos con los enfermos y la gente de su servidumbre. Después de ocho días de navegación llegó el caudillo español á Puerto de Caballos, donde le esperaban ya, hacia dos días, los veinte soldados que había perdido á Gonzalo de Sandoval. Por ellos supo que el ejér-

tiene cargo, en especial á mi inmérito, que tantas veces me ha remediado y socorrido en ellas, por andar yo en el real servicio de V. M.» — Quinta carta de Cortés.

cito no carecía de bastimentos en Naco y que el país era abundante en frutos.

Tranquilo Hernán Cortés con estas lisonjeras noticias, se ocupó en examinar el punto en que se hallaba, recorriendo una parte del interior. El Puerto de Caballos le pareció que reunía condiciones á propósito para formar una colonia. Entonces buscó en él un sitio que fuese el más á propósito para poblar, convencido, como él dice, de que «aquel puerto era el mejor de toda la costa descubierta desde las Perlas hasta la Florida».

Inmediatamente se dió principio á la construcción de algunas casas, habiéndose ofrecido á quedar colonizando cosa de cincuenta personas. El activo general dió á la villa el nombre de Natividad, por ser el día en que se empezó la formación de ella; nombró alcaldes y regidores; dejó sacerdotes y ornamentos; oficiales mecánicos; herrero con excelente fragua; nombró de gobernador á Diego de Godoy, y ordenó que se quedase una fuerza de veinte soldados de caballería y algunos ballesteros.

Mientras se habían estado construyendo las habitaciones para los pobladores, Hernán Cortés recibió una carta de Sandoval, donde le daba cuenta de las feraces campañas que rodeaban á Naco; pero de la ninguna comunicación con los nativos que se manifestaban recelosos, por no haber sido la conducta de Cristóbal de Olid con ellos la más á propósito para hacerlos amigos. El caudillo español le contestó que procurase, de cualquiera manera que fuese, capturar á algunos de los indios más notables, y que se los enviase al sitio en que estaba poblando. Pocos días después llegaban á la nueva villa de Natividad

varios indígenas que Sandoval había logrado capturar. Hernan Cortés les recibió afectuosamente, les trató con distinguida consideración y procuró ganar sus voluntades. Después de manifestarles que el objeto de su marcha había sido el de castigar á Cristóbal de Olid, porque no cumpliendo con sus órdenes, les había ofendido, les aseguró que encontrarían en Gonzalo de Sandoval un amigo y defensor, á quien dejaba representando su persona. Para inspirarles más confianza, les dijo que se informasen de los nobles mejicanos que con él iban, de la protección que hallaban los pueblos de parte del monarca de Castilla, por quien había sido nombrado gobernador, y les hizo algunos regalos de grande estima para ellos. La entrevista que tuvieron con los nobles aztecas acabó de tranquilizarlos y de decidirles á ofrecerse por amigos de los hombres blancos. Los personajes mejicanos les dijeron que el general español que les había hablado, era Cortés; ponderaron sus proezas y su afabilidad; las altas consideraciones que guardaba á los indígenas; la protección que daba á los que se presentaban como amigos, haciendo justicia al bueno contra el malo y protegiendo los intereses del débil contra el fuerte.

Las palabras de los nobles aztecas, unidas á las atenciones con que los veían tratados por Hernan Cortés, fueron medios los más eficaces para ganar el afecto de los indios de Naco, á quien el caudillo español despidió, dándoles nuevos regalos, con que se alejaron muy contentos (1).

(1) «Hice que les hablasen algunas personas principales de los de aquí de Méjico, que yo conmigo llevé, y les dijeron quien yo era, y lo que había he-

Bastó esto para que los pueblos de la provincia se comunicasen con los españoles de Naco, estableciéndose entre unos y otros la más cordial amistad. Así el nombre de Cortés y su política ganaban el aprecio de los habitantes de las provincias por donde pasaba, que otros capitanes menos prudentes se habían enajenado con su falta de tacto y atenciones.

Después de haber permanecido veinte días en el Puerto de Caballos, dejando fundada en él la villa de la Natividad, se dirigió al puerto de Trujillo, fundado, como se ha dicho, por su pariente Francisco de las Casas, á donde llegó á los seis días de navegación. Al saber los vecinos que los barcos que llegaban pertenecían á Hernan Cortés y que en ellos se encontraba el mismo general, salieron en canoas á recibirle, manifestando intenso regocijo por su llegada. El general castellano, haciendo preparar uno de los botes del bergantín en que iba, se dirigió á tierra. Al ver los vecinos españoles acercarse el bote, entraron en el agua con indescriptible alegría, y sacando en brazos á Cortés, le condujeron en triunfo al muelle (1).

cho en su tierra y el buen tratamiento que de mí todos recibían después que fueron mis amigos, y cómo eran amparados y mantenidos en justicia ellos y sus haciendas y hijos y mujeres, y los daños que recibían los que eran rebeldes al servicio de V. M., y otras muchas cosas que les dijeron de que se aseguraron mucho.»—Quinta carta de Cortés.

(1) «Y me fui á tierra, é ya toda la gente del pueblo estaba en la plaza esperándome, y como llegué cerca, entraron todos en el agua, y me sacaron de la barca en peso, mostrando mucha alegría con mi venida.»—Quinta carta de Cortés.

Trujillo era entonces la poblacion principal que los españoles tenian en la costa de Honduras. Todos los vecinos se agolpaban á ver al caudillo español, cuyos hechos habia llevado la fama por todas partes. Los caciques de los contornos, á cuyos oidos hacia tiempo que habia llegado la noticia de la toma de Méjico por el jefe castellano, manifestaron deseos de conocer á Malinche, con cuyo nombre era conocido por los indios, y se presentaron á él, llevándole presentes, y declarándose vasallos del marquesado de Castilla. Hernan Cortés les recibió con agrado; les suplicó que no sacrificasen en lo sucesivo víctimas humanas á sus ídolos, y no quiso perder aquella coyuntura para explicarles, por medio de la intérprete Marina, los puntos mas importantes de la religion católica.

Así el caudillo español, precedido de la fama de su buen trato hácia los indígenas, unia á la corona de Castilla numerosos pueblos, que otros no podian reducir por medio de las armas.

Hernan Cortés envió uno de sus barcos á Veracruz, poniendo en conocimiento de los oficiales reales que habia dejado al frente del gobierno, todo lo referente á su viaje. Despachó otro á Santo Domingo, dando noticias detalladas á la Audiencia de la isla de lo acontecido en el mismo desde su salida de Méjico, y el tercero lo envió á Jamaica, con un capitán de su confianza, para que comprase caballos, reclutase gente, y proveyéndose de carne salada, de armas y de pólvora, volviese, lo mas pronto posible, á Trujillo.

El objeto del caudillo español era hacer nuevos descubrimientos y extender mas y mas los dominios del mo-

marca de Castilla. Los trabajos y peligros pasados no pudieron abatir el ánimo de aquel hombre extraordinario, modesto en la prosperidad, sufrido en la desgracia, y grande y sereno en el peligro. No bien vió fortalecida su gente con el descanso y los buenos alimentos, cuando su espíritu infatigable y activo se preparó á otras empresas importantes, de cuyos brillantes resultados no dudaba un solo instante. Se dispuso á conquistar Nicaragua y los diversos pueblos hasta el istmo de Panamá, castigando de paso á una partida de españoles que de las Antillas habia ido á saltar indios en aquellas costas; encontrar el «secreto del estrecho» para desembocar en el mar del Sur, y continuando la exploracion de las costas de éste, llegar á la anhelada region de la especería, proporcionando á la España la mayor suma de prosperidad á que ninguna otra nacion pudiera llegar jamás.

No se puede meditar en los grandes proyectos que ocupaban á Cortés cuando apenas acababa de salir de los numerosos peligros que le habian cercado, sin que el asombro no se apodere de nuestra alma. «Es á la verdad asombroso, dice Prescott, ver el genio emprendedor y aventurero del hombre, que sin abatirse por los terribles padecimientos de su reciente marcha, apenas concluida, se prepara á emprender otra igualmente terrible. Es muy difícil, en este siglo mas especulador y de positivismo, concebir el carácter de un caballero castellano del siglo diez y seis: otro igual no hubiera sido fácil hallarlo en ninguna otra nacion, aun en aquel tiempo y en verdad en ninguna parte, excepto en aquellos cuentos de la caballería que, por desatinados y extravagantes que parez-

can, representan, sin embargo, con exactitud, si no los hechos, sí el carácter de la época.»

No presentan, con efecto, las páginas de la historia de los demás países, hombres cuyo carácter caballeresco, sin medir las dificultades de las empresas que acometían, les lanzaba, sin gente y sin recursos, en medio de tribus salvajes y caníbales, á dos mil leguas de su patria, separándoles de ella inmensos y desconocidos mares. Eran los caballeros andantes realizando los fantásticos cuentos de los libros de caballería, aunque con hechos de alta importancia para la sociedad y la civilización; ciertamente más útiles á la humanidad que las fabulosas hazañas de los héroes de esas quiméricas leyendas.

La sola idea de ir á descubrir tierras ignotas de hombres diferentes en religion, en costumbres, en idioma y en color, habitando países vírgenes, henchía de entusiasmo el corazón del caballero español de aquella época brillante, y consideraban como una compensación lisonjera á sus fatigas. «Parece, dice Prescott, que la Providencia dispuso que la raza de tales hombres fuese contemporánea con el descubrimiento del Nuevo Mundo, para que hubieran sido dadas á conocer aquellas regiones, circundadas de peligros y dificultades tan aterradoras, que habrían contenido y desalentado el valor de un aventurero vulgar.»

Bastaría á ennoblecer á España el descubrimiento de la América y los grandes hechos de sus hijos, si no contase en su historia con otras páginas brillantes que eternizan sus glorias.

Cuando Hernán Cortés se ocupaba de la prosperidad de la colonia y alcanzaba la sincera amistad de los caciques

de la feraz provincia, se vió atacado de terribles calenturas, que fueron agotando sus fuerzas hasta conducirle á las puertas del sepulcro. Su muerte parecía segura, y la población se encontraba poseída de la más profunda tristeza. La enfermedad iba haciendo progresos visibles, y al perder sus sirvientes toda esperanza de alivio y juzgar próximo el fin de su vida, dispusieron la mortaja que, en aquellos tiempos de ideas religiosas, era un hábito de San Francisco.

El hombre cuya fama no cabía en los ámbitos del mundo; el guerrero que había agregado á la corona de España bellísimas ciudades y vastas y auríferas provincias, veía llegar el fin de su existencia en un rincón de la costa de Honduras, separado de sus queridos y principales capitanes. Sin embargo, su robusta naturaleza y su espíritu indomable parecían luchar con la muerte, como habían luchado con los elementos y con los hombres. El ánimo de Hernán Cortés, sobreponiéndose en fin á la fuerza de la enfermedad, llegó á vencer de ésta, y aunque débil y extenuado, logró levantarse del lecho del dolor.

Ni aun en medio de su penosa enfermedad había abandonado sus proyectos de nuevos descubrimientos. Para poder ponerlos en obra á la mayor brevedad, trataba de recobrar su vigor, y, montando á caballo, se dirigía, en su convalecencia, por la campiña, acompañado de algunos de sus oficiales. Uno de los días en que daba su paseo de costumbre, descubrió una fuerza española que avanzaba con dirección á él. El caudillo español y los que le acompañaban se asombraron de ver soldados castellanos

por aquel camino, y esperaron á que se acercaran. No bien llegaron á donde estaban, cuando Hernan Cortés, bajando del caballo que montaba, corrió á abrazar, lleno de alegría, á varios de los que llegaban. Eran antiguos soldados suyos que enviaba de Naco, en comision, Gonzalo de Sandoval, entre los cuales se encontraba Bernal Diaz del Castillo, á quien el caudillo español apreciaba mucho por su valor, su fidelidad, su honradez y su actividad.

Los que llegaron se sorprendieron de la palidez y debilidad de su querido general, sintiendo una profunda tristeza de verle extenuado y en extremo flaco (1).

Al siguiente dia de haber llegado á Trujillo los soldados enviados en comision por Gonzalo de Sandoval, ancló en el puerto un buque de alto porte.

La gente saltó á tierra, y poco despues llegaba á la presencia de Hernan Cortés el capitan que mandaba el barco.

Iba de la isla de Cuba y llevaba una carta para el caudillo español.

Antes de abrir el pliego, Hernan Cortés le dirigió algunas preguntas.

Las respuestas que dió á ellas, sorprendieron profundamente al general.

Las noticias que contenia la carta nos las mostrarán las páginas del inmediato capítulo.

(1) «Y estaba tan flaco, que tuvimos lástima de verle, porque segun supimos habia estado á punto de morir de calenturas.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

## CAPÍTULO IX

Disturbios en la capital de Méjico.—Tratan Salazar y Chirinos de quedar solos en el poder.—Medios de que se vale el primero para conseguirlo.—Quedan gobernando Salazar y Chirinos, quedando excluidos Albornoz y Estrada.—Protesta Zuazo contra ese acto.—Prenden los nuevos gobernantes á los dos excluidos.—Alarma que esta disposicion causa.—Los religiosos franciscanos evitan un rompimiento.—Salazar, Chirinos y Rodrigo de Paz despojan de la vara de gobernador á Zuazo y le envian preso á la Habana.—Salazar y Chirinos hacen que circule la voz de la muerte de Cortés.—Piden á Rodrigo de Paz, como mayordomo de los bienes de Cortés, que entregue una suma que éste tenia perteneciente al rey.—Paz entrega los bienes de Cortés.—Salazar y Chirinos para impedir que se dé cuenta al rey de lo que pasa, mandan quitar las velas á los buques que estaban en el puerto.—Persiguen á los adictos á Cortés.—Se hacen exequias á Cortés.—Penas impuestas á los que negaban su muerte.—Salazar y Chirinos ponen preso á Rodrigo de Paz y le dan tormento para que descubra dónde tiene Cortés el tesoro.—Sufré despues la pena de muerte.—Continúa la persecucion á los amigos de Cortés.—Varios capitanes de Cortés se refugian en San Francisco.—Salazar y Chirinos hacen sacar de San Francisco á los refugiados allí, y los llevan á la cárcel.—Reclama Fray Valentin de Valencia que vuelvan al convento los que han sido sacados de él.—Viendo que los gobernadores desatienden su reclamacion, fulmina entredicho y sale con la comunidad hácia Tlaxcala.—Salazar y Chirinos les hacen volver del camino, accediendo á entregar los presos.—Actos arbitrarios de Salazar y Chirinos.—Hernan Cortés se embarca para Méjico al leer las noticias, pero por tres veces le obliga la tormenta á volver á Trujillo.—Envia á Martin Dorantes á Méjico con poderes y cartas.

Hernan Cortés, despues de haber escuchado atentamente las inesperadas noticias que verbalmente le dió